

Querida Ana, querido Pablo, queridos familiares y amigos.

Cuando una amiga de la infancia te pide que digas unas palabras en un día como este, te vienen a la cabeza muchas escenas. Ana, te veo con el uniforme del colegio, con esa libreta llena de garabatos que ya eran pequeños cuadros; te veo defendiendo a una compañera en el recreo con la misma determinación con la que hoy eliges tu vida; te veo crecer hasta convertirte en la persona decidida y empática que todos admiramos.

Y luego apareces tú, Pablo, con esa calma que no es silencio, sino atención. Esa serenidad que ordena las cosas sin imponerlas. Al principio te vi de lejos, un “buen vecino” según el portal, y después entendí que la lealtad se te nota en cómo escuchas, en cómo recuerdas detalles que a los demás se nos escapan, y en la manera en que cuidas a tus amigos como si fueran familia.

Hay un momento que, para mí, define el tono de vuestra historia. Aquel día en el patio, cuando ese gato decidió convertirse en cupido improvisado. No fue heroísmo épico: fue coordinación amable. Ana, tú extendiendo la mano con decisión, Pablo calculando el movimiento para no asustarlo, y los dos conteniendo la risa cuando el gato, una vez a salvo, os dedicó esa mirada altiva que solo los gatos dominan. Ese gesto compartido, mitad nervios mitad alivio, fue la primera conversación sin palabras que tuvisteis. Desde entonces, ya no dejasteis de hablar. Y lo que más me gusta de esa anécdota es que no es solo “cómo os conocisteis”: es una metáfora de lo que hacéis cada día, rescatando lo importante con humor y paciencia.

A lo largo de estos tres años, os he visto construir una rutina que tiene algo de museo y algo de concierto acústico. Museo, porque dedicáis tiempo a mirar; a mirar bien. Ana se detiene ante un cuadro y pregunta por la textura, por la pincelada; Pablo, por el marco, por la historia detrás. No discutís por tener

razón: dialogáis para entender. Y concierto acústico porque os gusta lo esencial; las canciones sin adornos que se sostienen por su letra y su melodía. Vuestra casa, vuestras conversaciones, tienen ese mismo pulso: lo necesario bien afinado.

Ana, siempre supe que cuando amaras de verdad, no ibas a quedarte en el entusiasmo del principio. Tú examinas, cuestionas, sopesas. Tu manera de querer es también un proyecto. Te vi renovar un lienzo entero porque una esquina no te convencía; te he visto pedir perdón con la misma convicción con la que defiendes un punto de vista; te he visto ajustar el rumbo sin perder el norte. Tu empatía no es concesión ciega: es valentía para mirar a la otra persona y decidir estar a su lado en lo que importa.

Pablo, tu ingenio me ha ganado más de una vez. No es el chiste que interrumpe, sino la lucidez que aligera. Cuando Ana se queda atrapada en sus veinte ideas a la vez, tú sueltas una frase que, como un clic, pone en su sitio todas las piezas. Y tu lealtad, que muchos en esta sala conocen de primera mano, es la clase de cualidad que sostiene amistades y matrimonios: decir “aquí estoy” cuando no hay focos, cuando lo que toca es constancia antes que brillo.

He tenido la suerte de acompañaros en pequeñas escenas que, sumadas, cuentan mucho. Recuerdo una tarde de lluvia a la salida de un museo. Se os mojó el plan, literalmente. No había mesa libre en ningún lado, la exposición había sido más corta de lo esperado, y el día parecía pedir rendición. En lugar de eso, os vi compartir un paraguas peleón, reiros de vuestras botas empapadas, y terminar descubriendo un bar diminuto donde el cantautor solo tenía una guitarra desafinada y una voz preciosa. Esa noche no estaba en el itinerario, pero fue perfecta porque la hicisteis vuestra. Creo que el matrimonio se parece un poco a eso: cuidar el ánimo para que, incluso cuando el programa cambie, el sentido siga siendo común.

También os he visto planificar, que es vuestro deporte secreto. Planes de fin de semana con niveles de detalle que harían sonrojar a un director de proyecto, y a la vez esa apertura para dejar que lo imprevisto entre por la ventana. Me

contasteis ilusionados vuestra luna de miel por Lisboa y Oporto. Conociéndoos, ya imagino la libreta con direcciones de azulejos, cafés con fado que no salen en la guía y miradores donde el viento se lleva las prisas. Portugal os va a sentar bien: ciudades que caminan al ritmo del mar, luz que no necesita filtros, y esa saudade que, bien entendida, no es tristeza, sino gratitud por lo vivido. Volveréis con historias que olerán a canela y a brisa atlántica, y con ganas de seguir sumando días sencillos y decididos.

Hay una imagen vuestra que me parece casi un compromiso en sí misma. Una mañana cualquiera, cada uno con su taza, Ana señalando un calendario con una idea nueva, Pablo levantando una ceja y sonriendo como quien dice “vamos a verlo”. En vuestra mesa conviven listas, bocetos y bromas internas. Es ahí donde se cuece lo importante: en el intercambio honesto, en la escucha, en no olvidar que el humor no es adorno, es herramienta de rescate.

Quiero decir algo también sobre el equipo que formáis hacia fuera. Ana, tú no sabes pasar de largo ante la necesidad ajena; Pablo, tú no sabes dejar a un amigo sin respuesta. Hoy os comprometéis el uno con el otro, sí, pero también a seguir siendo ese tipo de personas que hacen mejores a los que tienen cerca. Y eso, en un matrimonio, tiene un efecto multiplicador.

Si puedo permitirme una pequeña hoja de ruta, sería esta:

- Conservad el hábito de mirar juntos, aunque el cuadro no sea el que esperabais.
- Defended el espacio del silencio compartido, ese que no exige explicación pero crea vínculo.
- No dejéis que los días veloces os roben los gestos lentos: una carta breve, una canción encontrada, un paseo sin destino.
- Y en los desencuentros —porque llegarán, y está bien que lleguen—, recordad cómo sujetasteis juntos a aquel gato asustado: con firmeza, sin prisas, y cuidando de no arañaros entre vosotros.

Ana, gracias por dejarme caminar a tu lado desde que intercambiábamos apuntes en clase hasta hoy, que intercambiáis promesas. Has elegido a alguien

que honra tu fuerza sin intentar domarla, y eso habla también de ti: de tu manera valiente y sensible de reconocer el bien cuando lo tienes delante.

Pablo, gracias por querer a mi amiga de una forma tan clara. Por acompañar su pasión artística sin miedo al desorden creativo, por sumar equilibrio y no freno, y por traer a nuestra pandilla una calma que nunca es conformismo.

A vuestras familias y amigos, gracias por sostener esta historia con presencia, humor y paciencia. Se nota cuando el amor de una pareja está rodeado de afecto bien entendido: no pesa, impulsa.

Hoy, en esta ceremonia civil, firmáis un documento; pero lo que de verdad os define no es la tinta, sino la práctica diaria de lo que habéis prometido. El papel es el comienzo de una conversación larga. Habladla con respeto, con risa, con detalle. Sed ambiciosos en lo que contáis como “un buen día” y generosos cuando la vida no se ponga fácil.

Me quedo con una última escena, la de vosotros dos saliendo de casa un domingo, camino de un concierto pequeño. Ana, con una libreta por si aparece una idea. Pablo, con dos entradas dobladas en el bolsillo y esa manera de comprobar que la puerta se ha cerrado bien. Nada extraordinario, y sin embargo, todo lo necesario: deseo de ir, curiosidad para escuchar, y cuidado del trayecto.

Que vuestra vida en común sea eso: un ir que se celebra, un escuchar que aprende, y un cuidado que no se cansa.

Enhorabuena, Ana y Pablo. Que este sí que habéis dicho hoy encuentre cada día su manera concreta de hacerse verdad.

Este discurso fue creado con discursoboda.es. Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora en discursoboda.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursoboda.es